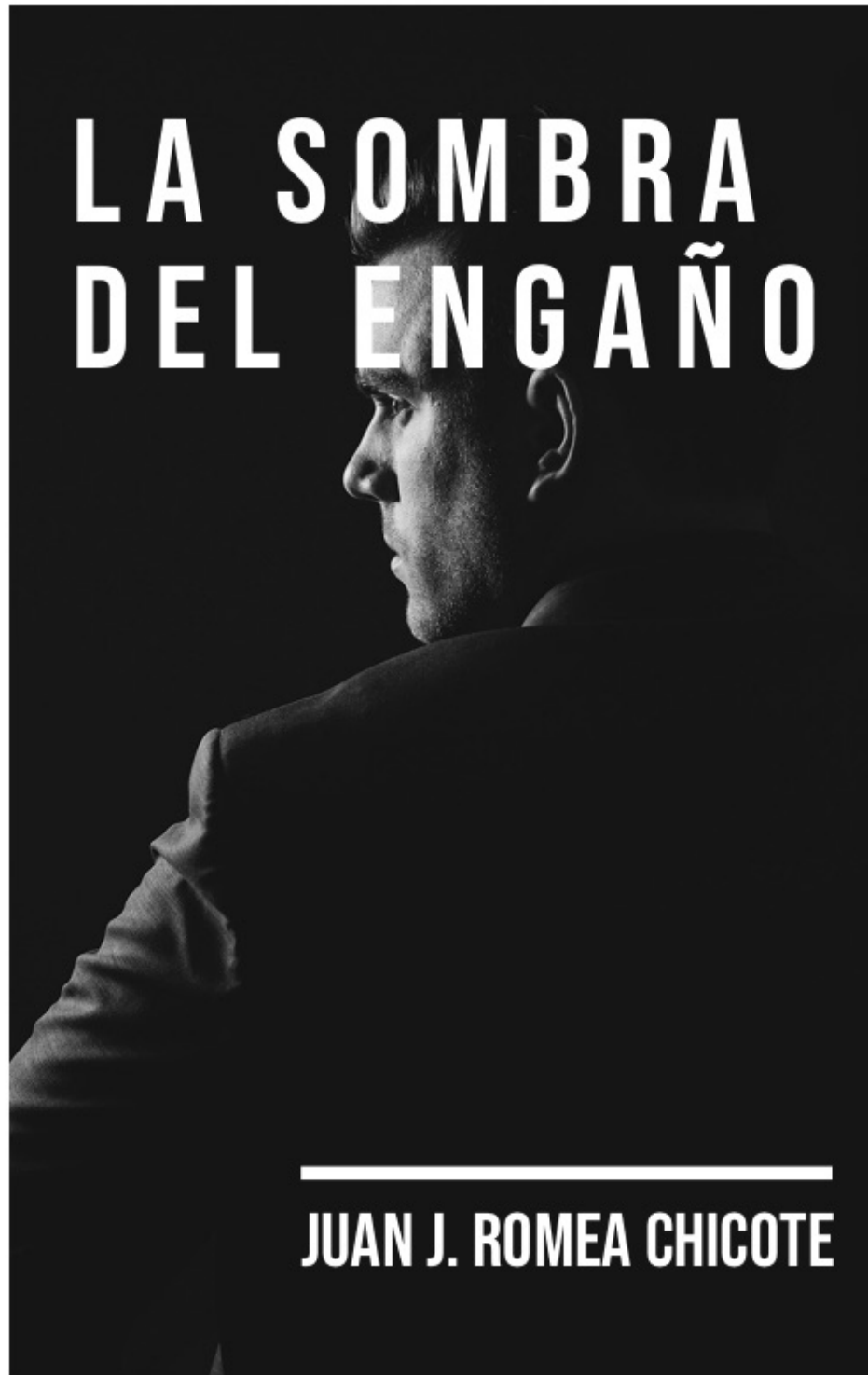


LA SOMBRA DEL ENGAÑO (Publicado 5º capítulo final)

Juan Jesús Romea Chicote



Capítulo 1

CAPÍTULO 1

Era mediodía y los implacables rayos del sol caían sobre los edificios y el pavimento de la ciudad, contribuyendo a formar un clima de auténtico bochorno. Solamente había que mirar al cielo y ver como avanzaban aquellas nubes amenazadoras y dispuestas a formar una buena tormenta de verano. El sudor le empapaba la camisa y las gotas de la frente le caían en los ojos sin ningún miramiento; dejándole sin visión durante segundos.

Daniel corría desesperadamente detrás de un posible asesino. Mientras le perseguía, intentaba pedir ayuda con el móvil. Sin embargo, antes tenía que cogerlo del bolsillo de su pantalón; buscar el número correcto, centrando su mirada de reojo en la pantalla y en el fugitivo a pesar de tener los ojos turbios por el sudor de la frente. Sabía dónde apretar; sin embargo, en aquellas condiciones era toda una proeza hacerlo sin equivocarse.

Daniel corría como nunca lo había hecho antes en su vida, sin perder de vista al delincuente y poder pronosticar a tiempo por donde podría escabullirse. Tenía que acelerar sus zancadas por lo menos tanto como él. No tropezar, no llevarse por delante a nadie y por su seguridad mirar a ambos lados para que ningún coche le atropellara.

La loca persecución solo fue interrumpida por un choque inesperado con un ciclista. Ambos colisionaron en un momento de caos y confusión en medio de sus frenéticas carreras. El deportista, al igual que Daniel, se concentraba en un lugar remoto e inaccesible del infinito; además de lucir en cada oreja unos estupendos auriculares inalámbricos.

Tras el encontronazo, los dos fueron enviados al suelo en un enredo de extremidades y hierros como resultado del impacto, que fue tan repentino como sorprendente. El escenario se llenó de un tumulto instantáneo de gente, mientras los agónicos quejidos de Daniel estremecían a los presentes.

El golpe en el costado con el manillar de la bicicleta fue seco y doloroso, al igual que la patada propinada por el ciclista en el mentón al salir volando por encima de Daniel. El puntapié fue brusco y violento, sin embargo, lo que más le afectó fue el golpe que su hombro recibió al chocar contra el suelo.

Mientras caía en cámara lenta, Daniel, en un instante eterno, se vio a sí mismo reflejado en su propia mente. Sintió cómo el húmero se deslizaba fuera de su omóplato, una lesión que atestiguaba la brutalidad del

impacto, mezclado con el dolor y la desesperación. Mientras su cuerpo caía al suelo, su atención permaneció en el desafortunado móvil, escapando de sus manos. Aun así, antes de caer logró hacer la llamada desesperada a la comisaría, donde él era detective y ahora se deslizaba por el asfalto sin rumbo fijo. Sabiendo que el destino había tomado el control de su historia.

Pasó semanas completas reuniendo pruebas e investigando a gente para poder meter en la cárcel a aquel indeseable. Estaba seguro de que lo hubiera alcanzado, de no haber tenido ese contratiempo.

Daniel intentó moverse, sin embargo, no pudo ni siquiera levantar las piernas, el dolor ya no le venía solamente del hombro, sino de la parte de los riñones y del mentón. El ciclista, impulsado por una velocidad excesiva, superaba los límites de seguridad que le permitían sus habilidades. Mientras tanto, Daniel galopaba sin control, manejando su dispositivo sin prestar atención al riesgo inminente que se presentaba ante ellos. El resultado de esa falta de responsabilidad era evidente, y ambos permanecían inmóviles en medio del camino, como si hubiera sido víctimas de sus acciones arriesgadas. En la escena, el silencio se hizo eco solo por los latidos rápidos de sus corazones y los gemidos de dolor que escapaban de sus labios. Ambos se quedaron suspendidos en el tiempo por un instante, enfrentándose a las consecuencias de su imprudencia.

A medida que pasaban los minutos, Daniel se iba dando cuenta de que iba a permanecer mucho tiempo en el hospital. Lo afectaba un sentimiento de frustración, tristeza e impotencia, y las lágrimas fluían por sus mejillas, revelando la tormenta emocional que lo afectaba. Mientras pensaba en el arduo trabajo de investigación, que ahora parecía desvanecido en un abrir y cerrar de ojos, sintió cómo la ira y la rabia se apoderaban de su ser, devorando su interior.

Javier, su segundo, se encargaría del caso y sería él el que se llevaría los méritos mientras él estaría convaleciente en la cama. Escupía sangre a raíz de la patada que recibió en el mentón y la que no, se la tragaba. El sabor a metal del líquido rojo era ya insoportable y la expectoración era cada vez más frecuente. Sus ojos se cerraron, no antes de darse cuenta de que el pedal de la bici lo tenía incrustado en el costado. Estaba perdiendo mucha sangre y la ayuda no llegaba. Se veía morir en plena calle.

Una voz ruda y seca le sacó de su ya inminente desmayo. Abrió los ojos. No podía creer que el peligroso e indeseable asesino, al que momentos antes perseguía como si no hubiera un mañana, estuviera ahora mirándole desde las alturas. Aquel hombre le pareció un auténtico gigante, según su perspectiva, al estar tendido en el suelo. Volvió a cerrar

sus ojos encomendándose a Dios.

La cabeza la tenía embotada y por más que intentaba poner atención a lo que ocurría a su alrededor, solamente podía oír frases incompletas pero enérgicas del indeseable personaje. Con voz de barítono, sus órdenes eran obedecidas por transeúntes que en aquellos momentos circulaban por la zona.

—... Aquí. Coja el cinto por un extremo y apriete... El torniquete deberá estar bien ... Presione con fuerza e impida que salga más ... No lo toque. Los sanitarios no tardarán en llegar... un, dos, tres, ... Ahora... inspire, suelte ...

Daniel, en su inconsciencia, se preguntaba si aquel individuo que estaba intentando salvarle la vida era en realidad el asesino al que perseguía u otra persona que se le parecía.

Se acercó mucho. Diría que demasiado cerca de su cara y de su oído.

— Ya llega la ayuda. ¿Lo oye? ¿Oye el sonido de las ambulancias y de la policía? No se preocupe, se salvará, y también el ciclista, que se ha llevado lo suyo. Por cierto, ha sido una persecución épica. Ninguno de los dos la olvidaremos.

Sonrió. Se puso de pie, no antes de aclararle que él no había matado a su amigo.

Daniel vio cómo se alejaba calle abajo, sin prisa y con calma, sabiendo que nadie le perseguiría.

La bajada de la adrenalina le sumió en un desfallecimiento que duró dos días.

Despertó en la cama de un hospital a medio incorporar rodeado de botes, gomas y medicamentos. Le habían operado del hombro y del costado, y la cara la tenía inflamada por el golpe en la mandíbula; todo un cuadro de despropósitos para detener a un asesino, que ahora ya con más calma iba recordando y recomponiendo aquel momento angustioso.

Las palabras de aliento del supuesto criminal, su entereza y desinteresada ayuda por salvarle la vida a él y al ciclista era para darle una medalla al mérito ciudadano.

Daniel le había hecho la existencia imposible durante semanas, persiguiéndolo por toda la ciudad, convirtiéndose casi en un objeto de deseo, rozando lo personal. No veía más allá del par de pruebas que le incriminaban al supuesto asesino, que, por otro lado, podrían

perfectamente ser falsas.

UN NUEVO CAPÍTULO CADA DOS DIAS

CAPÍTULO 2

Ahora con todo el tiempo del mundo a su disposición, Daniel pudo dedicarse a una reflexión profunda sobre el homicidio de Rubén. En su mente, intentaba encajar las piezas del rompecabezas que entrelazaban el caos que había en aquel trágico suceso entre los dos amigos, inseparables desde la infancia. ¿Por qué habían llegado a ese punto? ¿Cuál fue la razón del enfrentamiento tan violento entre ellos? Mientras intentaba comprender las razones detrás de ese acto fatal, la interrogante lo atormentaba.

Su amistad comenzó décadas atrás, cuando ambos habían establecido una amistad sólida y duradera. Habían compartido risas, lágrimas, momentos de victoria y derrota. Con el tiempo, habían tomado la decisión de unirse y emprender una aventura empresarial, fundando un negocio próspero de importación que había perdurado casi dos lustros.

Según los documentos que poseía Daniel, se observaba que, desde su primer encuentro, habían sido inseparables. Conexión que superaba los tradicionales lazos de amistad, que habían construido durante más de treinta años de compañerismo y colaboración.

— ¿Y si estuviera equivocado con Julián? -pensó-

El único supuesto responsable material de la muerte de Rubén era Julián, su socio y amigo de toda la vida. Los hechos eran indiscutibles: Rubén había sido encontrado muerto en su oficina, con una herida en la sien. La tragedia ocurrió después de una intensa conversación entre ellos la tarde anterior. La pistola del asesino, en la que se podían ver las huellas dactilares de Julián, estaba abandonada en el suelo, lo que evidenciaba su participación en el crimen.

La discusión había tomado un giro trágico e irreversible que en otro tiempo hubiera sido solo una muestra de la pasión y la intensidad que se

tenían.

Un sobresalto le hizo volver a la realidad. Era la hora de las medicinas que tenía que tomarse. La enfermera le dio las instrucciones de algo, a lo que no prestó atención. Era tarde y en el hospital únicamente quedaba el personal imprescindible para pasar la noche. Medio echado en la cama con la vista puesta en el fluorescente no se le iba de la mente la cara de Julián hablándole desde lo alto como un coloso; dándole aliento y tranquilidad. Apagó la luz y se dispuso a pasar otra noche implorando por aguantar los dolores y no tener que llamar a la enfermera.

Una mano le tocó una pierna desde el piecero de la cama. Daniel emitió un quejido que se transformó en un auténtico asombro en cuanto vio al culpable. Julián lo miró con una expresión inexpresiva en el rostro, que pronto se convirtió en una sonrisa. Con cuidado, se sentó a su lado y le pidió a Daniel que prestara atención a lo que pretendía confesar sobre lo sucedido y la razón por la cual se había visto envuelto en esa confusión.

Daniel, desconcertado por el cambio de actitud y arrepentido de Julián, intentó mantener su impaciencia mientras esperaba escuchar lo que tenía que decir. La expectativa se sentía en el aire y el ambiente estaba lleno de tensión.

Julián comenzó a narrar los sucesos que habían llevado a un desenlace trágico. Con una voz temblorosa pero determinada, reveló que una amistad aparentemente sólida y un negocio próspero se escondían secretos oscuros y traiciones que habían corroído su relación hasta el punto de no retorno.

Empezó refiriéndose a la reunión que tuvo Rubén con un proveedor de bobinas de telas procedente de Marruecos. Este intentó convencerle de lo maravilloso y lucrativo del negocio que le ofrecía; nada menos que importar un cargamento de carretes impregnados en cocaína. Rubén no se atrevió a contárselo a su socio y lo hizo por su cuenta y riesgo, eso sí, involucrando a la empresa de ambos, ya que era imprescindible por su tipo de comercio para el trato.

Si la policía hubiera descubierto los manejos de Rubén, Julián, por muy inocente que fuera, no escaparía a la justicia; era socio y responsable de la maquinaria del negocio. Después de unos meses de trapicheos y ganancias, éste decidió retirarse del negocio; idea que al marroquí no le gustó nada. El pacto que tenían iba bien y daba buenas ganancias, sin embargo, el sentimiento de culpabilidad de Rubén era muy intenso y optó por confesar a su amigo sus manejos y secretos de sus actividades. El enfado de este fue enorme, enzarzándose los dos en una discusión sin salida.

CAPITULO 3

Al día siguiente apareció Rubén con un balazo en la sien tendido boca arriba en su despacho.

El intenso altercado y las huellas en la pistola era el argumento principal que le imputaban a Julián. Lo que no sabía el agente era que, después del altercado, salieron los dos del despacho con la cara de furia en uno y la de vergüenza en la del otro. Iban sin hablarse hasta que Rubén desató su rabia y su dolor, implorando perdón a su amigo y socio, hecho que Julián no tuvo inconveniente en abrazarlo y olvidar sus malas acciones, aun siendo tan peligrosas para la empresa como para él.

Dentro de un silencio abrumador, optaron por bajar por las escaleras del edificio. Cada uno estaba absorto en sus propios pensamientos, intentando comprender las consecuencias de sus acciones. Julián, a pesar de entender y perdonar a su amigo durante ese tenso ambiente, Rubén no pudo controlar las emociones que lo invadían. En un instante, este experimentó una intensa angustia mientras, gemía y se lamentaba por sentimientos encontrados. Rubén se detuvo en seco mientras sus lágrimas caían sin control por su rostro. Se estaba enfrentando de una manera desgarradora al dolor de la traición y la mentira, a pesar del perdón que había brotado del corazón de Julián.

Rubén sacó un arma de su bolsillo y la apuntó a su propia cabeza en un instante de desesperación. Julián se quedó sin poder creer lo que estaba presenciando debido a la intensidad de la escena. Sin embargo, un instinto visceral lo impulsó a actuar rápidamente para evitar la tragedia inminente antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo. Se dirigió con determinación hacia su amigo, sin contemplar las posibles consecuencias. El miedo y la urgencia de salvar la vida de Rubén impulsaron sus movimientos rápidos y precisos. Mientras forcejeaban por el control de la pistola, en ese mismo momento la puerta del vestíbulo del edificio se abrió dejando pasar a un par de individuos mal encarados y siniestros.

Julián consiguió quitarle la pistola, transmitiendo sus huellas por toda el arma, esta fue dando tumbos escaleras abajo cayendo a los pies de uno de estos siniestros personajes que, mirándose extrañados, riéndose se dijeron algo en árabe. Acto seguido se lanzaron escaleras arriba. Rubén y Julián dejaron sus diferencias y miraron atónito a estos tipos como subían a su encuentro de forma agresiva y con no muy buenas intenciones.

Julián, en su confesión se acercó al magullado rostro de Daniel, yo diría que demasiado, casi se rozaron sus mejillas. El suspiro del enfermo se oyó en toda la estancia, le dolía el cuerpo y no estaba para muchas más confesiones, que en ese momento su cerebro no procesaba con la claridad suficiente como para aportar demasiado a su percepción de los hechos.

A pesar de todo siguió confesando entre susurros.

—Me desperté a la mañana siguiente en un barranco a las afueras de la ciudad con un fuerte golpe en la nuca y lleno de sangre.

Julián no tuvo inconveniente en quitarse la capucha de su sudadera y ladear la cabeza para mostrarle la herida.

—Sé que no me creé. Me da igual Tengo la conciencia tranquila. Lo que no entiendo es que alguien como usted esté tan obsesionado por mi persona que el asunto se le va de las manos y puedan caer mis huesos en una prisión ocupando un lugar que le pertenece a otro. Investigue a Ahmed Alami, este personaje es el instigador y presunto asesino de mi amigo Rubén.

Tanto el tono de su voz como su actitud y su forma de contarle, hizo que el inspector se planteara dar otro rumbo a la investigación, sin embargo, hasta que no se demostrara lo contrario seguiría siendo sospechoso.

La escasa luz de la habitación se vio socorrida por la del pasillo al abrir la puerta, dejando sinuosas siluetas proyectadas en la pared. Julián, con actitud altanera la cerró suavemente sin hacer ruido, dejando a Daniel sumido de nuevo en semioscuridad.

Su mente no tuvo más remedio que volver al cúmulo de percepciones, sospechas, conjeturas y teorías, dando vueltas a sus más intrincados pensamientos.

Los días pasaban inexorables y Daniel iba mejorando de sus operaciones. El fluorescente de la habitación seguía iluminando día y noche aquel reducto de aburrimiento y ostracismo.

Daniel ya podía levantarse, aunque con achaques y molestias, había convertido la habitación en su oficina particular. Javier, su ayudante, iba de vez en cuando a visitarlo para contarle las vicisitudes de la comisaría y hacer los encargos que le mandaba.

—Nos acercamos a las instalaciones de Ahmed. Como usted ordenó, y no hemos encontrado nada interesante. Aunque para mi gusto hay algo raro en todo el asunto; nos recibieron con demasiada educación y tanto las

oficinas como el almacén estaban impolutos.

—Seguir así. Hay que marearlos e irritarlos todo lo que podamos. Nos interesa que se pongan nerviosos.

Capítulo 4

Julián había tomado la peligrosa decisión de unirse a la organización marroquí y asumir el cargo que antes había sido ocupado por Rubén. Se había infiltrado en un entorno arriesgado y desconocido, ansioso por descubrir los secretos y la influencia que ejercían estos individuos. Realizó trabajos con ellos y logró resultados satisfactorios. Esto le permitía avanzar en sus indagaciones y adquirir conocimientos útiles. Pero también implicaba adentrarse en un terreno peligroso y resbaladizo.

Su propósito, era limpiar su nombre y desarticular la organización. Se lo debía a su amigo. Aquellas operaciones tan sustanciosas, eran una tentación casi irresistible.

La nota de Julián dirigida a Daniel fue un bombazo, le contaba sus peripecias dentro de la organización del marroquí y el ritual que estaba siguiendo para desenmascararle y llevarle ante la justicia.

Aquel día según las averiguaciones que tenía, se iba a cometer un asesinato por un ajuste de cuentas que Ahmed prometió hacer él mismo. Se llevaría a media docena de hombres en busca de un reputado personaje de la ciudad.

Sus asuntos de trapicheos de droga y de usura con este individuo debían ser muy serios para que se presentara Ahmed personalmente en el lugar de la reunión y ejecutara él mismo el trabajo de sus sicarios.

Daniel preparó todo desde su reducto, dando órdenes para la nueva investigación que le iban a hacer a Ahmed. No podía perderse, tenía que salir del hospital cuanto antes. Si bien, él sabía en su interior que aquello no iba a suceder; era una ilusión. Todavía estaba débil físicamente, pero fuerte de ánimos y con ganas de entrar en acción.

Al día siguiente a través de una llamada anónima encontraron en una nave abandonada a Ahmed Alami bañado en un gran charco de sangre con un tiro en sien, a su lado dos de sus sicarios corrieron su misma

suerte.

Horas más tarde el altivo y orgulloso Julián se entregó a Daniel en la comisaría de policía, como presunto autor de la muerte de Ahmed y sus esbirros. En su confesión dejó claro que lo hizo en primer lugar por la memoria de su amigo y en segundo lugar en defensa propia.

El reputado personaje al que iban a matar no era otro que él mismo. Las cámaras de seguridad que instaló en el recinto de la reunión grabaron todos los pormenores y la confesión del asesinato de su amigo.

Echó la vista atrás rememorando lo sucedido y coincidiendo con Daniel en el hospital y su ayudante poniendo a aquella gente nerviosa. Y ¡Vaya si lo consiguió! No los puso nerviosos, sino que los puso frenéticos, rabiosos y coléricos; sobre todo al marroquí, que quería literalmente verlo muerto al precio que fuera.

Aquel día, Julián quedó con ellos tal y como era su costumbre para hacer otra entrega de marihuana en la nave abandonada que tenían como punto de encuentro.

Nada más cruzar el umbral de la nave, los sicarios comenzaron a actuar con rapidez, sacando sus armas y apuntando directamente hacia Julián. Estos con rostros impassibles y miradas amenazantes, rodearon a Julián, formando un círculo que lo dejaba sin escapatoria. No había duda de que el momento de las charlas amables había llegado a su fin antes de comenzar debido al ambiente tan tenso y peligroso.

Ahmed se sentía eufórico ante sus hombres de seguridad. Se pavoneaba con desenfado, contando sin ningún tipo de tapujos sus hazañas y proezas frente a Julián, mientras jugueteaba despreocupadamente con una Glock 17 en sus manos.

Julián se mantuvo firme y desafiante. En medio de la adversidad, su rostro reflejaba determinación y una chispa de valentía. Sabía que no podía darse por vencido, que debía luchar hasta el último aliento para sobrevivir.

En uno de esos eufóricos vaivenes de euforia se acercó tanto a Julián que durante unos instantes el cañón le rozó la cara. No tendría otra oportunidad, la situación era muy comprometida con seis armas apuntándole.

Julián evaluó sus opciones y decidió actuar. La fulminante, violenta y loca actuación dejó sin aliento a los sicarios que durante décimas de segundo no supieron qué hacer. La iniciativa de coger la mano de Ahmed con el arma y apuntarle a la sien fue rápida y contundente el sonido de la pistola inundó el espacio como un trueno. Ahmed cayó fulminado a sus pies.

Mientras se miraban los sicarios unos a otros con la perplejidad en sus caras, segundos que Julián aprovechó para escabullirse.

Ahora, la Glock estaba en sus manos, y las dieciséis balas que tenía el cargador salieron como una exhalación del cañón. El sonido de los disparos retumbó en el recinto, mezclándose con los gritos y la confusión. Dos de ellas fueron a parar a dos sicarios que besaron el frío suelo de la nave. Los demás sin dejar su extrañeza y desconcierto en sus cuerpos desaparecieron del escenario de los hechos.

Cuando se lo comunicaron a Daniel se revolvió de rabia en su cama a pesar de sus dolores de hombro. Desde su perspectiva no sabía cómo encajar todo aquello.

De nuevo la enfermera desde hacía más de un mes y medio, abrió la puerta para suministrarle los medicamentos y desearle que pasara una buena noche.

Y de nuevo, como la vez anterior, una mano le tocó su pierna desde el piecero de la cama, y como la vez anterior, Daniel emitió un quejido que se transformó en asombro. Julián, estaba en libertad con cargos, a la espera de un juicio que por las pruebas podía muy bien salir airoso sin pena de cárcel.

CAPITULO 5

Eso no le impidió visitar a Daniel a horas intempestivas y tener una conversación seria y a la vez empática entre un policía y un supuesto delincuente.

Satisfecho y a la vez pesaroso salió de la habitación con nuevas perspectivas y mucha energía, había resarcido la memoria de su amigo y limpiado su nombre.

Cerró la puerta y bajo por las escaleras hasta la planta de emergencias, por donde salió sin dificultad del hospital. En su cara se le podía ver la

satisfacción como le recorría todo su cuerpo.

Una sonrisa de inocencia y bienestar se transformó en segundos en perversa y sombría. Todos sus escrúpulos hacía semanas que los había abandonado y ahora jugaría en el bando contrario.

Los intereses que originaba con el negocio de la droga estaban a años luz con los de su negocio de exportación que, por otro lado, esta se tambaleaba a causa de la nula atención que le estaba prestando por todos los sucesos que le habían asaltado en tampoco tiempo y sobre todo por la pérdida de su socio.

Con la muerte de Ahmed y su experiencia en el negocio de los narcóticos probaría por su cuenta una nueva etapa en su vida en un mundo lleno de peligros y conflictos que podría llegar a su propio exterminio.

Daniel mejoraba de sus heridas rápidamente y la rehabilitación le estaba fortaleciendo sus músculos y su movilidad. El día de su alta hospitalaria tuvieron que convencerle para que reposara durante unos días en su casa; su objetivo era recuperar el tiempo que había perdido tumbado en una cama de hospital.

Por alguna razón, su mente seguía anclada en el caso del asesinato de Rubén y de la inocencia de su socio y amigo. Tenía que revisar de nuevo el caso, era demasiado buena la historia que Julián pretendía hacerle creer, sin embargo, no tenía argumentos con que justificar sus sospechas, a pesar, que en aquellos momentos no tenía razón alguna para demostrar sus temores de que esta persona estuviera metida en algún negocio más que ilícito. No aceptaba que Julián no supiera nada de los trapicheos de su socio y que fueran los dos los culpables del tráfico de droga, y porque no, del asesinato de su amigo.

Daniel se sorprendió cuando Julián apareció sin previo aviso en la comisaría. Su presencia no pasó desapercibida su caminar inseguro y su expresión de inquietud en su rostro le delataban que estaba pasando por momentos de depresión. El peso de sus decisiones y los conflictos internos que lo atormentaban se reflejaban en sus ojos. Era evidente que estaba en un batiburrillo mental, luchando contra sus propios demonios y las consecuencias de sus acciones.

No era feliz quebrantando su código moral, impreso en su memoria; sus padres no le habían enseñado semejantes valores de transgresión de la ley. Tenía que volver a ser creativo y disfrutar cada segundo de lo bueno de la vida. No dejar que sus trapicheos delictivos formaran parte de la desgracia de muchos jóvenes ingenuos cayendo en la desgracia del veneno que trasportaba alegremente, sin pensar en sus consecuencias, sin embargo, el deseo de poseer riqueza al igual que los valores que le

enseñaron sus padres también iba implícito en sus genes.

Ahora entendía la transformación de Rubén en su loca carrera por el camino equivocado, la codicia le había vencido, únicamente era cuestión de tiempo que otro más codicioso que él le hiciera pagar por sus pecados de la forma más cruel.

Daniel no salía de su asombro al oír la llamada de desesperación de un hombre arrepentido por sus actos, que mirando a las alturas se daba golpes en el pecho implorando perdón a su dios.

Su ética y su moral le impedía dejar impune semejante delito, pero, por otro lado, se apiadaba de aquel pecador que le había salvado la vida en aquella persecución sin control que le llevó al hospital.

Daniel le tocó el hombro y sin decir nada apoyó su muleta con fuerza en el suelo y dio media vuelta; desapareciendo entre las mesas de sus compañeros y los armarios abarrotados de papeles.

Julián salió del edificio cabizbajo y lleno de dudas, en cuanto le dio el sol en el rostro cambió su triste halo por uno destellante cuan corona de santo.

Aquella misma mañana pidió tener una reunión con su proveedor. Quedaron en el mejor restaurante y con mayor fama de la ciudad. El individuo se presentó con cuatro de sus secuaces: altos, con cara de pocos amigos y llenos de músculos; solo con su presencia la intimidación la tenía garantizada. Las noticias que estaba recibiendo de Julián no gustaron nada al mafioso que entre halagos y promesas quería que siguiera haciendo negocios juntos, prolongando la comida más de lo habitual. La paciencia del autócrata se iba agotando y Julián lo sabía por la forma de mirar de soslayo a sus sicarios. El aburrimiento les estaba martirizando, solo tenían un deseo. Entrar en acción. Se tocaban compulsivamente los correajes de sus pistolas que se les notaban debajo de sus chaquetas.

Sin embargo, Julián en un estado de confort, y serenidad dejaba que su interlocutor le hablara de los nuevos avances y ganancias que pretendía obtener siguiendo con la sociedad de ambos en la que ganarían una fortuna.

La decisión por parte de Julián estaba tomada. Disolvería toda actividad con aquella gente. El mafioso se levantó airado de la mesa lanzando su servilleta a la cara de Julián. Miró a uno de sus esbirros y sin decir palabra salió del restaurante dando un buen portazo.

Nada más salir, el matón intento echar mano a la pistola al tiempo que daba la orden a sus compinches de inmovilizarle. No tardaron mucho en

arrepentirse de sus actos.

Un camarero, un visionario con una copa en la mano, una señora con pamelas, un recepcionista, un anciano con su mujer, todos ellos portaban una placa de policía y una pistola cada uno. Los matones se vieron acorralados, incapaces de defenderse ante tal cantidad de agentes apuntándoles con sus armas.

Daniel le sonreía desde un rincón del comedor. La redada había sido un éxito.

Julián con una sonrisa salió del restaurante con un habano entre sus dedos, y soltando una bocanada de humo perdiéndose en las alturas.

Antes de entrar en el coche policial, el mafioso le obsequió con una mirada cargada de odio y de rabia.

Tiró el puro pisándolo con fuerza, cerró los ojos e inspiró pausadamente llenando sus pulmones de aire fresco y renovado. La sensación placentera de haber hecho algo bueno inundó su espíritu creando sentimientos positivos que le durarían mucho tiempo.

Le vino a la mente su amigo y unas lágrimas le recorrieron sus mejillas cayendo una tras otra sobre los peldaños de la escalera del restaurante.

FIN

GRACIAS POR LEER MIS HISTORAS